


MARÍA DE LAS NIEVES FERNÁNDEZ CÉSPEDES

TRINCHERAS DE HIELO Y VINO



 Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Mayo 2021

Depósito legal: AL 1269-2021

ISBN: 978-84-1104-037-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: María de las Nieves Fernández Céspedes

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para Elisa y Santiago,
que un día me hablaron desde las estrellas.

PRÓLOGO

Querido lector, estás a punto de iniciar un viaje.

Un viaje que te llevará a través del tiempo, desde finales del siglo XIX hasta un futuro no muy lejano, pasando por la época actual, y en el que visitarás lugares tan diferentes como extraordinarios de la mano de los protagonistas.

Debo decirte que muchos de los acontecimientos de la parte central de este libro están basados en hechos reales, concretamente en la vida de mis bisabuelos, Santiago y Elisa.

Me topé con sus memorias por casualidad, cuando un día mi padre me las dio para que las leyera junto con su transcripción a máquina de escribir por parte de mi abuelo Manolo, en una obra encuadernada por él mismo y llena de fotografías, dibujos hechos también por él, recortes de periódico de distintos momentos importantes de la historia de España y el árbol genealógico de nuestro linaje, con sus respectivas filiaciones de la familia, desde el año 1895. Dos joyas que, al leerlas, me inspiraron para escribir esta historia.

Gracias a mis padres por darme la oportunidad de saber más sobre mis raíces y sobre mi tierra, algo que ha hecho que sepa realmente de dónde vengo, haciendo que me conozca un poco más. Gracias también a mi marido Rubén y a mi hija Cayetana por apoyarme incondicionalmente y aguantar mis horas de ausencia frente al ordenador y al resto de mi familia, por estar

expectantes a que esta novela viera la luz y por sus palabras de ánimo y aliento.

Gracias a Ignacio Barroso, Joaquín C. Hermoso e Isabel Higuera por ayudarme con la parte técnica y por asesorarme en aquello que necesitaba.

A mis amigas: Rosa, Cristina, Rocío, Marta G., Sandra, Marta S., Isabel y Sandra B. Gracias por estar siempre ahí, en lo bueno y sobre todo en lo malo, dándome ese impulso que a veces tanta falta hace.

A Las Lobas, porque sigamos aullando juntas siempre, al lado de nuestros Jabalines Salvajes.

A la empresa donde trabajo, Fundación Mujeres, y a todas mis compañeras, especialmente a Raquel, por enseñarme el verdadero sentido de la palabra *feminismo*.

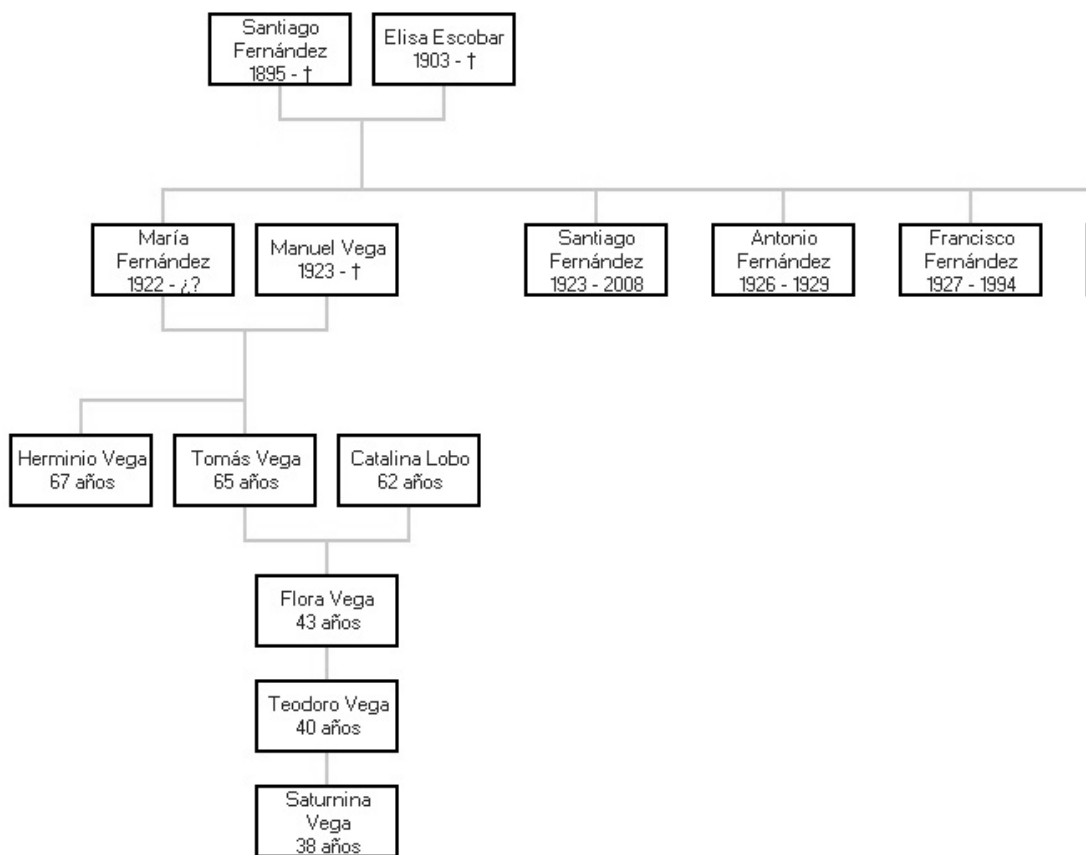
A mi editorial, Círculo Rojo, por confiar en mí y por hacer realidad mi sueño.

Gracias a ti, lector, que has decidido gastar tu dinero y tu tiempo leyendo esta historia. Espero que disfrutes del viaje y que, cuando lo termines, sientas que hacerlo ha merecido la pena.

Playlist de Spotify:

En mi perfil, *marian_fernandez*, encontrarás las canciones que aparecen en la novela o que me han inspirado para escribirla.

Mis obras anteriores: *Los ojos del misterio* y su secuela *Confluencia*, disponibles en Amazon.





ARBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA FERNÁNDEZ ESCOBAR



«Si yo tuviera un corazón, escribiría mi odio sobre el hielo y
esperaría a que saliera el sol».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Hacía muchas semanas que no llovía.

Un agradable olor a tierra mojada entró por la ventana entreabierta y una suave brisa acarició mi piel, perlada por una capa de sudor que emanaba el alcohol que había bebido unas cuantas horas antes.

Inspiré hondo y me envolví en las sábanas, al tiempo que una pícara sonrisa se dibujaba en mi cara y un dulce ronroneo salía de mi garganta, llegando a los oídos de quien compartía cama conmigo aquella noche. Como respuesta, ella se dio la vuelta y me agarró suavemente por la cintura.

—¿Te has quedado con ganas de más? —susurró en mi oído con voz somnolienta.

—Yo siempre tengo ganas de más —sentenció agarrándole la cara con las manos y besándola, mientras volvíamos a dejar surgir de nuevo nuestros más primitivos instintos.

Cuando el alba despuntaba por el horizonte, la lluvia se mezcló con el viento, que hizo que bajara la temperatura considerablemente, matando el poco verano que quedaba y dando paso a la época del año que más me gustaba. Frío, viento, nieve... que se mezclaban con el ardor y calor que siempre sentía y que nunca conseguía apagar del todo, pese al gran número de amantes que habían pasado por mi vida.

Ella seguía durmiendo cuando me levanté sigilosamente de la cama y abrí aún más la ventana, que me presentó un océano Pacífico que aquella mañana para nada hacía honor a su nombre.

Desnuda, respiré hondo y dejé que el frío despejara mi mente y mi cuerpo.

Adoraba aquella ciudad.

—¡Por favor, cierra esa maldita ventana, me estoy quedando helada!

—Lo que deberías hacer es vestirme e irte —contesté sin mirarla.

—¿¡Perdona!?! —exclamó ofendida.

No dije nada. Seguí mirando por la ventana como si no hubiera nadie más en la habitación.

Mi amante maldijo entre dientes y, mientras se vestía a toda prisa, seguía con su retahíla de insultos hacia mi persona. Salió del apartamento y, tras un sonoro portazo, todo se quedó en silencio.

Cerré los ojos y me abracé a mí misma. No era la primera vez que pasaba la noche con otra mujer; de hecho, dudaba ya de lo que más me gustaba: si la delicadeza de unas manos femeninas recorriendo suavemente un cuerpo igual que el suyo, el olor a perfume de rosas en las sábanas y las marcas de carmín en la almohada o, por el contrario, prefería la energía masculina, la barba de tres días y la combinación en perfecta armonía de dos amantes de distinto sexo.

Lo cierto es que llevaba con esa dicotomía varios años. Años que se mezclaban en mi cabeza. Años llenos de trabajo, reuniones y estrés durante el día, y de fiestas, alcohol y sexo por las noches. Años que habían resultado ser los mejores de toda mi vida, o al menos eso pensaba.

Amaba esa vida. El poder que me confería la posición social y económica de la que disfrutaba. El desear algo, chasquear los dedos y tenerlo. Cualquier cosa, lo que quisiera y cuando lo quisiera, sin que nada ni nadie coartara mis más profundos y atrevidos deseos.

Desde que era pequeña soñaba con vivir en una ciudad así, llena de vida a todas horas, y con conseguir todo lo que me propusiera, por muy descabellado que pudiera ser. Siempre quise tenerlo todo, tener el mundo a mis pies, y por fin lo había conseguido... Mejor dicho, casi lo había conseguido.

El sonido de la puerta de entrada me arrancó una sonrisa. Cerré la ventana y me puse algo decente encima, aunque perfectamente podría haber salido desnuda sin ningún problema. Cuando entré en el salón, Roy estaba dejando sobre la isla de la cocina dos vasos grandes de café y una caja cuadrada de cartón que desprendía un agradable aroma a canela y a limón.

—Mmmm... —dijo torciendo el gesto y entrecerrando los ojos—. Acabo de ver a una preciosa jovencita a medio vestir saliendo a toda prisa del edificio, con el rímel corrido y farfullando algo como «maldita hija de puta... bla, bla, bla... es la última vez que me lío con una tía... bla, bla, bla...». Se refería a ti, ¿verdad, cielo? —preguntó con sarcasmo.

—¿Tú qué crees? —respondí acercándome a él, dándole un beso en los labios, al tiempo que cogía uno de los vasos—. Gracias por el desayuno, eres un encanto.

Me senté en uno de los taburetes de la isla a tomarme el café con leche de soja mientras Roy sacaba de la caja unos bollos suizos recién hechos y los colocaba en unos platos.

—En fin... —comentó como si él solo se hubiera montado su propia conversación en la cabeza—. Al menos espero que fuera mayor de edad.

—Supongo. —Reí—. ¡Venga, Roy, no me juzgues! ¡Tú no, por favor, no podría soportarlo! —dramaticé.

—¿Juzgarte? ¡Por favor, cariño! Para mí eres un ejemplo a seguir —se burló—. No, en serio, me parece genial que hagas lo

que quieras con quien quieras y cuando quieras. Disfruta de la vida mientras tengas las tetas y el culo en su sitio —me animó.

—Por cierto, te eché de menos anoche —le dije mientras seguíamos desayunando—. Las fiestas no son lo mismo sin ti. Además, creo que a Neil McEvery le gustas. Me estuvo hablando de ti toda la noche mientras su padre hacía negocios con varios de los invitados. Ya sabes que se muere de ganas por cruzar el charco y crear una filial de su empresa aquí.

—¡No, por favor! —se quejó—. Un pijo estirado escocés es lo que menos necesito ahora mismo —confesó aleteando las manos.

—¿Y qué es lo que necesitas, amor? ¡Cuéntamelo! —le pregunté con voz exagerada.

—Ay, nena, un buen hombretón latino, caliente, con un acento que me haga llegar al clímax con que solo me diga guarradas al oído. ¡Eso es lo que necesito! —suspiró teatral.

No pude evitar ponerme a reír mientras me guiñaba un ojo, se montaba encima del taburete como si estuviera cabalgando y fingía un sonoro orgasmo hablando como un actor porno en un pésimo castellano.

Era el único que me hacía reír así.

Conocí a Roy unas semanas después de que yo llegase a Vancouver. Él y sus amigos de la universidad fueron al bar donde yo trabajaba por aquel entonces. La química entre nosotros fue inmediata y el que saliera en su defensa cuando el dueño quiso echarlo por besarse con otro chico dentro del local creo que también ayudó bastante a forjar nuestra amistad. Desde entonces nos habíamos hecho inseparables.

Era como un tsunami. Arrasaba allá por donde iba. Rebosaba energía, optimismo y alegría. Era mi mejor amigo aparte de

mi socio en la empresa de la que era dueña y creo que, gracias a él, había conseguido todo lo que tenía. Sin su apoyo me habría desmoronado en muchas ocasiones y él siempre estaba ahí para hacerme sentir que podía con todo, que nada ni nadie era capaz de acabar conmigo y que esa coraza que me cubría era el mejor escudo que tenía frente a las agresiones del exterior.

Además, sabía ver en mi interior, más allá de mi frialdad y de la dureza que me caracterizaban, ya que su vida había sido muy difícil y sabía perfectamente aplacar mis reacciones y justificarlas ante los demás.

Él también sufrió el escarnio público, el desprecio y el abandono al decirle a su familia, que estaba afincada en lo más profundo del continente americano y arraigada a arcaicas convicciones, que era gay. Había sido muy difícil para él el aguantar la humillación de ser «diferente» a lo que la norma exige, por lo que, al igual que yo, tuvo que romper con todo en cuanto pudo y huir de aquello que tanto daño le hacía para empezar de nuevo en otro lugar del mundo, donde podrías ser tú mismo, reinventarte sin temor al qué dirán y sacar a flote el yo que deseabas y te merecías.

Aunque nuestros motivos para dejarlo todo atrás habían sido muy distintos, ambos pertenecíamos ahora al mismo mundo, queríamos lo mismo y luchábamos por estar en la cima, pisoteando sin remordimientos a todo aquel que intentara bajarnos de nuestro pedestal.

Hacia casi veinte años que se habían cruzado nuestros caminos y en esas dos décadas habíamos creado la empresa de arquitectura más exitosa de la costa oeste de Canadá, yo como arquitecta y él como diseñador de interiores, y vivíamos en la zona más exclusiva de Vancouver, con el océano Pacífico como telón de fondo. Él en una extravagante y ostentosa casa, y yo en un ático de un edificio de lujo que tenía lo que siempre había soñado.

Llevábamos una vida llena de excesos, extravagante y superficial, pero también de amistad incondicional y de completa lealtad el uno con el otro.

—Bueno, Elsa, ¿qué hacemos hoy? —me preguntó llamándome por el nombre de la famosa princesa de dibujos animados—. Es sábado, hace un tiempo horroroso y no tengo ningún plan, así que tú dirás.

—Esta tarde hay Club de Lectura, ¿quieres venir? Va a ir una escritora a presentarnos su nuevo libro. Va sobre el empoderamiento femenino en el siglo XXI.

Conocí el Club de Lectura de Vancouver por una compañera del bar donde trabajaba cuando llegué a la ciudad y que era asistente habitual, y desde que acudí la primera vez no me había perdido ninguna de sus reuniones. En ellas había descubierto lecturas increíbles, escritores con gran talento; además, me había servido para perfeccionar el idioma y abrir mi círculo de amistades.

—¡Por favor! ¡Ni de broma! Cuando hagáis lecturas realmente interesantes, tipo *Cincuenta sombras*, me avisas, ¿vale?

—Eso es literatura comercial pura y dura, Roy. Si realmente quieres aprender sobre el sexo y el erotismo, tienes que ir a los clásicos: *Justine o los infortunios de la virtud* del Marqués de Sade, *El amante* de Marguerite Duras o *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, por citar solo algunos.

Siempre me había gustado leer, pero no cualquier tipo de libros. Buscaba historias que me trasladaran a otro lugar, a otra época. Que me hicieran devorar página tras página, haciéndome partícipe de lo que les ocurrían a sus personajes. Que me quitaran el sueño, condicionaran mis actos y me hicieran sentir vacía cuando cerraba la última página. Me sumergía tanto en las histo-

rias que las hacía mías, imaginándome que yo era la protagonista y que vivía todo lo que ella vivía, ajena por unas horas de todo lo que tenía a mi alrededor.

Supongo que necesitaba sentirme así cuando era joven para escapar de la cruda realidad que el mundo me estaba ofreciendo, para abstraerme de todo y de todos. Para escapar de donde estaba, aunque solo fuera con la mente y por un tiempo que siempre se me hacía muy corto.

—Vale, tachamos de la lista el Club de Lectura, pero no se me ocurre mucho más. Además, creo que debería ponerme a trabajar para tenerlo todo atado para la reunión de la semana que viene —sugerí cambiando el tono festivo por uno más formal.

—Sí, deberías, pero es sábado, Nina, y seguro que ya lo tienes todo bajo control. ¡Venga! —suplicó—. No me digas que te vas a poner tu traje de superdirectora ejecutiva y te vas a pasar todo el sábado encerrada en tu despacho. Algo podremos hacer para divertirnos...

Me encogí de hombros. Estaba casada con mi trabajo, me encantaba, pero Roy llevaba razón. Las semanas que teníamos por delante probablemente serían las más duras de nuestra carrera profesional y estaría bien relajarse antes de negociar la fusión de nuestra empresa con una de las inmobiliarias más grande de Canadá junto con nuestra más que probable salida a bolsa.

Si todo iba como esperaba, nuestra empresa A&DC Vega se convertiría en una compañía pionera en los campos de la arquitectura, de la construcción y de la compraventa de inmuebles, líder en el sector y con una facturación anual con muchos muchos ceros.

Pero aún no estaba todo cerrado y deberíamos esforzarnos al máximo para convencer a nuestra junta directiva y a la junta de

la otra compañía de que esta fusión era lo mejor para ambas empresas.

Roy confiaba ciegamente en mí. Sabía que haría lo que fuese para conseguirlo y que estaba preparada para lanzar a nuestra compañía a la que sería su etapa más fructífera y productiva.

—A ver qué te parece esto: *spa*, comida en Granville Island y compras en el Pacific Centre. Ideal, ¿verdad? —sugirió Roy terminando de recoger la cocina.

—Eres una mala influencia y lo sabes —le advertí con ironía.

—Venga, venga, mueve ese maravilloso trasero que tienes y cámbiate, que nos vamos. —Se impacientó mientras me levantaba del taburete y me guiaba a mi habitación.

Siempre era así. Hablábamos, negociábamos y llegábamos a un acuerdo. Aunque a veces teníamos nuestras discrepancias, siempre sabíamos en qué ceder y en qué mantenernos firmes, sin dejar que nuestra amistad se resquebrajara lo más mínimo, primándola siempre ante todo y ante todos. Pero solo me comportaba así con él y de puertas para fuera de mi empresa, porque dentro de ella era muy diferente. Él había aceptado sin concesiones que yo mandara y que él obedeciera, ya que esa era mi verdadera naturaleza: imponer siempre mi voluntad.